

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

ARTURO USLAR PIETRI: ENTREGO LA VIDA A LA PALABRA

Gregory Zambrano

(“Arturo Uslar Pietri: entrego la vida a la palabra”, en Varios Autores, *Los nombres de Arturo Uslar Pietri. Una valoración multidisciplinaria*, Universidad de Los Andes–Consejo de Publicaciones, 2006, pp. 207-220).

Y mientras los astros y las olas tengan algo que decir
será por mi boca que hablarán a los hombres

Vicente Huidobro. *Altazor* (1919).

A sí como en lo temático se procura comprender el elemento definidor de un énfasis, reconocido como “dominante”, también en la recurrencia formal de una escritura, de un proyecto literario desarrollado a lo largo del tiempo y sostenido por el pulso de la vitalidad, también se establece, sin plan previo, una dominante. Esto es lo que inclina la balanza de las definiciones cuando se trata de suscribir un oficio que puede ser tan amplio y múltiple como el del escritor.

Arturo Uslar Pietri (1906-2001) puede ser definido por sus diversas praxis de escritura: novelista, ensayista, dramaturgo, cuentista, crítico literario, historiógrafo, poeta. En fin, una verdadera prodigiosidad de formas expresivas y expositivas que bien valen al escritor, en su justa dimensión, el calificativo de polígrafo.

Herederero de una tradición que arranca con autonomía literaria en los albores del siglo XIX y que tiene en Andrés Bello un digno iniciador, se arraiga en

el legado de Fermín Toro, de Cecilio Acosta, de Arístides Rojas, y se vincula en el siglo XX con la herencia de Rufino Blanco Bombona y Mariano Picón-Salas.

De todas esas facetas que definen a Uslar Pietri, como un prolijo y realizado intelectual moderno, el cultivo de cada una de esas formas expresivas y la solvencia de sus incursiones en cada uno de los géneros hizo que en vida se le considerara un clásico. En todas sus formas expresivas prevalece su profundo amor por las palabras y su constante preocupación por el deterioro que sufre el uso del idioma, lo cual conlleva a un empobrecimiento del pensamiento y de la cultura. Éste fue tema constante de muchos de sus ensayos periodísticos.

De todos los rostros intelectuales de Uslar es quizás el del poeta el que en menor proporción se ha reivindicado y el que, no obstante haber sido recurrente, posee un número menor, cuantitativa y cualitativamente, de estudios y comentarios.

En las páginas siguientes me propondré hacer anotaciones someras en torno a uno de sus poemarios el cual, y lo digo como un punto de partida, sintetiza mucho del gran recorrido que significó su vida. Esa vida suya dilatada y fructífera, como un gran río atravesó llanuras, esteros y montañas del complejo siglo XX venezolano.

Arturo Uslar Pietri publicó en 1972 *Manoa*, un libro que está lleno de reminiscencias, de juegos hipertextuales, de sugerencias filosóficas y religiosas, que algunos lectores encuentran críptico. Este libro –editado en un pequeño tiraje– fija en el tiempo y en el espacio un mito y una historia demasiado comprometidos con el mismo autor quien mantuvo, a lo largo de su vida, una fuerte vocación como exegeta histórico y como hermeneuta de los procesos vividos, no solamente desde su perspectiva como venezolano o latinoamericano, sino como sujeto consciente de los sucesos de su contemporaneidad que asumía plenamente con vocación humanista. Uno de sus biógrafos señala que “la mayoría ignoraba que Uslar escribía poemas desde la juventud” (Arráiz Lucca, 2006, p. 92) y además deja en claro que con la publicación de *Manoa*, el autor abarcaba la totalidad de los géneros.

En 1986 apareció *El hombre que voy siendo*, un hermoso volumen impreso en grandes caracteres, daba a sus lectores la sensación de lo acabado con la delectación de un artista de la palabra. Cada verso está cincelado para transmitir más allá de la palabra misma una especie de fe de vida. Uslar celebraba entonces sus ochenta años y hacía algunos guiños a sus lectores con quienes compartía detalles de la vida íntima, familiar; mostraba las huellas de algunas deudas poéticas y hacía el homenaje a algunos singulares amigos y artistas.

El volumen está integrado por veintisiete textos, agrupados en un solo conjunto que produce la sensación de lo homogéneo, de lo unitario, lo cual se rearticula cuando intentamos asociar temáticamente cada uno de los poemas.

La poesía da lugar a un renovado modo de llamar las cosas; de cambiar sus significados y hacer que las palabras nombren lo real con luminosa novedad: “Sólo el poeta puede hablaros de aquellos tiempos y de todo tiempo y todo espacio, por él solo posee los espejos vertiginosos que sorprenden el paso de las metamorfosis” (Huidobro, 1974, p. 324). La poesía nos trae renovados los temas viejos como el amor, la guerra y la muerte. Los antiguos sentidos de la palabra devienen revelaciones; con la poesía volvemos “a oír cosas ya oídas/ que ahora significan otras cosas/ La eternidad es esta permanencia/ de ayer sin mañana en la memoria” (“Festín de cementerio”, cito por la segunda edición, 1991, p. 51).

En el prólogo que presenta la edición de *El hombre que voy siendo*, por la cual cito, Gustavo Luis Carrera establece los grupos temáticos que según su lectura caracterizan a este libro: la fragilidad del poder, la supervivencia del saber, la constancia el amor atemporal, la persistencia inmovible de la naturaleza, el olvido transmutado en memoria por la muerte, la soledad y la angustia como revulsivos vitales, la palabra como herencia colectiva indescifrable y por ello eterna. Aunque agrupa algunos poemas en estas características temáticas no desarrolla ninguna. A este conjunto, que incluye las pistas de lectura de buena parte del grupo poético, yo sumaría algunas otras que pasaré a explicar:

Alquimista supremo de lo escrito

Quizás sea “El libro de ceniza” el poema más intenso del conjunto. Éste, distribuido en cuatro partes diferenciadas por la estructura estrófica, guarda las claves de su profunda vocación intelectual, caracterizada por atesorar los hallazgos del pasado y del presente. Es la palabra escrita la que sobrevive a la indefectible muerte. El hombre sucumbe ante la voracidad del fuego, la muerte inevitable, pero la palabra queda intacta. El hombre de letras resguarda memoria y tradición, sabiduría y secretos. Así como el último bibliotecario de Alejandría sabe que no podrá torcer el destino y al verse inmerso entre las lenguas del fuego comprende que sólo le sobrevivirá la memoria, la tradición y “el secreto central del universo,/ del destino, la duda y la esperanza, /lo que fue y ha de ser, astros y aguas,/ lo que del nombre hay en cada nombre/ y en cada cosa de palabra dicha,/ la esencia inalcanzable de los libros/ y la revelación de lo ignorado” (p. 33).

Saber de todo lo que le antecedió queda a resguardo, un poco oculto entre piedras y escombros. Otros más tarde hallarán el legado, intacto, conservando toda su verdad eterna, mas siempre oculta. El hombre, cargado de experiencias, de sueños, de halagos, al fin se halla consigo mismo, con su desnudez e ingrimitud. En cualquier momento lo asalta el fantasma de la soledad. Éste hace que vuelva en sí a plantearse la compañía inmemorial de la divinidad: “Qué solo estoy, Señor,/ si es que me oyes,/ qué flaco, qué cobarde,/ qué perdido y qué torpe./ ¿Es a Tí, o es a mí,/ o es a quién,/ que alzo esta voz,/ más vieja que la piedra/ más gastada y más fría,/que alguna gota de piedad implora?”. (p. 37).

La escritura: reunir el universo con palabras

Poseedor de un dominio del lenguaje, cifrado en las palabras gastadas del día a día, pero también en vocablos de rancio linaje, Uslar acomete el desafío del poema con

meridiana cautela. Asume el riesgo de la metáfora, se deja seducir por el cosquilleo del símil y busca decantar las formas más sutiles de los vocablos imantados que pertenecen a su tradición. Muchos de sus versos se anclan en las formas clásicas tan difíciles y exigentes como el soneto; asume el riesgo de la rima asonantada y finalmente sucumbe ante las holguras del verso libre. El poeta pretende reunir el universo con palabras, y de ello trata el poema que cierra el conjunto: “Escritura”. *El hombre que voy siendo* logra asir toda la retórica de su tradición para ordenar y darle legibilidad a su propio mundo interior. Pareciera estar escuchando lo que Hölderlin consideraba Poesía; “ésta es, pues, fundación del ser por la palabra de la boca”. (Hölderlin, 1968, p. 28). Uslar traduce de lenguas exóticas los sentidos que aportan la novedad a las viejas palabras prestadas de otras tradiciones:

¿Con cuáles letras líquidas y glugluteantes se escribió agua?

¿Con cuáles letras crepitantes escribir fuego en la franja roja y negra que avanza calcinando el bosque?

¿Con cuáles letras translúcidas, borrosas y flotantes se escribió nada y lo invisible y nadie, cuando nadie podía saber de nadie, como de una presencia en hueco y en ausencia? (Fragmentos de “Escritura”, p. 65)

Una tradición poética que ha reclamado para el poder creador del lenguaje no sólo su aspecto connotativo que dependiera de la subjetividad de cada sujeto, más aún, en el plano denotativo radica la verdad unívoca de la realidad mensurable. Le exigió más; esperó que esa palabra se transmutara en el objeto nombrado, así como Vicente Huidobro en su “Arte poética” pedía al poeta que no nombrara la rosa sino que la hiciera florecer en el poema (Huidobro, 1967, p. 75). Así Borges en su conocido poema “El Golem”, acude al rito iniciático de nombrar las cosas amparado en el *Cratilo* Platónico y propone que el nombre de las cosas contengan la cosa misma: “Si (como el griego afirma en el *Cratilo*/ El nombre es arquetipo de la cosa./ En las letras de *rosa* está la rosa/ Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*” (Borges, 1974, p. 885).

Uslar se pliega a esa tradición pero invierte el modelo, es decir, en lugar de las afirmaciones que son prueba de certeza, se deja llevar por la duda y entonces se interroga: “Qué letra de qué ignoto abecedario/ vine a ser, o ya fui con otras voces,/ qué eco de otros ecos, qué mensaje/ iba escrito en mis pasos y mis ojos,/ sin yo saberlo ni saberlo nadie/ he sido una palabra que se ignora/ y me escribe en mí al hombre que voy siendo” (p. 67).

Así como el hombre es un palimpsesto de amores y desafueros (Fragui, 2005, p.123), la tradición deviene palimpsesto de imágenes, sueños, recuerdos. Así la tradición cultural guarda en sus entrañas la legibilidad de otros mundos no borrados sino ocultos por el tiempo o las miradas inadvertidas. Debajo del tejido simbólico se ocultan las otras claves de un presente que ahora es memoria: “Todo el muro está escrito en hiedra,/ hoja sobre hoja, línea a línea,/ tejidas, entretejidas, secas, vivas,/ cada nueva versión brota invisible/ sobre otras y otras/ ya ahogadas o borradas/ en seca amarillez de archivo muerto” (“Escritura”, p. 71).

Homenaje a la amistad

Hay un verso del poema titulado “Presente secreto” que prefigura el hermoso poema “Ausencia de Asturias”: “Todo lo que ahora digo es elegía, /lo que nombro y convoco está en pasado”. Éste bien podría ser el epígrafe con el cual se abriría el poema que da cuenta de la muerte de Miguel Ángel Asturias. Una hermosa elegía que resume los pequeños detalles de la cotidianidad. Es el gran homenaje al amigo, al escritor y un reconocimiento para lo que significa el aporte literario del primer Nóbel latinoamericano. La compañía fraterna del amigo era también el pretexto de un viaje existencial sin ataduras: “no era para encontrar que habíamos partido,/ sino para la jornada”. Esa idea del viaje como búsqueda y como experiencia se complementa en la complejidad del aprendizaje: “Me faltas, Miguel, como una mano, como un ojo,/ como los dos ojos de mirar en lo oscuro,/ como la voz,/ la voz del guía perdido/ con el que íbamos a ciegas/ en busca de un mundo...” (pp. 25-26),

Este poema representa un doble homenaje; escrito en lengua preciosa que se bautiza a sí misma, y porque más que homenaje busca la esencia de la palabra ancestral americana. Ya en otras ocasiones Uslar Pietri había compartido su anecdotario de los días parisienses en compañía de Asturias. En el texto se percibe la amistad devota del venezolano por el guatemalteco. En un recuento biográfico compartido con Domingo Miliani, Uslar detalla cómo en París se juntaban para leer lo que escribían los jóvenes latinoamericanos amigos, y cómo llegaban a recitar de memoria el introito de *El señor presidente*: “Alumbra lumbre de alumbra, luzbel de piedralumbre sobre la podredumbre” (Polanco Alcántara, 2002, p. 34)

La amistad es inmemorial, no tiene espacios limitados ni tiempo prefijado; es única y se renueva cada vez, si es verdadera: “No me hago, Miguel, /a hallar la silla del café vacía,/ a no ver en el aire tu presencia,/ a no oír nunca más el susurro/ con el que podías nombrar todas las cosas/ por primera vez”. (p. 26).

Otro poema que encierra el valor afectivo de la amistad es “Un perro andaluz (Memoria de Luis Buñuel)”. En este texto se produce una exaltación de los aportes que el cineasta español legó a su tiempo: “Nos regaló en visiones y en imágenes/ insólitas presencias y ausencias”. En ese reconocimiento van las lecturas implícitas de sus películas, su visión tan particular de las contradicciones y los goces del instante. Esta lectura, que es también un homenaje, lleva generosa una comprensión culturalista del icono cinematográfico: “A ti saludo, sin que voz te llegue,/ a ti te escribo, sin que letra leas,/ a ti que nunca dije lo que dicho/ me habría desangrado de la angustia./ Lo que querías decir ya lo dijiste/ para todos los sordos, yo entre ellos” (p. 45).

En ese mismo tenor del reconocimiento, pero llevado a una altura intimista que se convierte en un silencioso homenaje es el poema titulado “Aniversario”. Con ese fino tacto de decir sólo lo esencial deja en las entrelíneas la sugerencia para que el lector indague en lo no dicho. Este poema es una declaración de amor; la substanciación en la presencia de la compañera de toda la vida; la discreta intimidad y la expresión de gratitud infinita: a veces madre, a veces hija/ y novia inmarchitable”. Dos en uno, consubstanciados, llevando a plenitud la marcha de los

días. Alta cima de espiritualidad y certeza; profesión de fe y sensación de complementariedad: “Yo no sé si nacimos/ en la misma casa y en la misma hora,/ agua en agua,/ aire en aire,/ porque desde entonces, desde siempre,/ con tu mano alcanzo/ y con tu paso voy./ Ya crecieron tus hijos/ y se hicieron del mundo y de la gente,/ sólo este niño queda, tenaz e inseguro,/ que te busca y te llama a toda hora/ con la pavora de quedarse solo” (“Aniversario”, p. 42).

Memoria perdida en que pasamos

El paso del tiempo, de los tiempos hace permanecer el presente. No importa si algo sucedió hace diez, hace treinta años, hace una hora, “hace tanto”. Lo que es verdaderamente significativo es el modo como se fijan los planos fragmentarios de una memoria cargada de detalles. Del tiempo vivido parecen quedar sólo sombras. Intuitivamente, el recorrido vital está marcado de manera consciente por la idea del viaje, pero lleno de brumas y vagas siluetas. Sólo hay una consciencia precisa “en la memoria que navega sombras” (“Hace tanto”, p. 13).

El sentido del tiempo se percibe en el instante del presente; lo que queda atrás se lleva en el fardo, fragmentariamente, el futuro no puede ser certeza; por esa razón somos el hoy apenas (“Día a día”, p. 15). En su disquisición sobre el tiempo está fija la idea de la existencia en el instante presente. El reto del presente es cada día: “La vida empieza en cada amanecida y la conciencia muere en cada noche” (“Día a día”, p. 16). Esa interesante idea de recurrencia inevitable, que se apega a la duración de la vida, tiene una profunda connotación filosófica, que ya expresaba con hermosa claridad María Zambrano cuando señalaba que “el poeta enamorado de las cosas se apega a ellas, a cada una de ellas y las sigue a través del laberinto del tiempo, del cambio, sin poder renunciar a nada: ni a una criatura, ni a un instante de esa criatura ni a una partícula de la atmósfera que la envuelve, ni a un matiz de la sombra que arroja, ni del perfume que expande, ni del fantasma que ya en ausencia suscita”. (Zambrano, 1987, p.19).

Cuando Uslar dio a la imprenta este libro había llegado a los ochenta años de vida. Éste era quizás el momento coyuntural para hacer balance de su tiempo, pero no del tiempo fáctico donde iba a procurar la reminiscencia de los hechos, las personas, los lugares, sino una indagación profunda, intimista, en el regocijo de encontrarse así mismo, en la lúcida compañía de la palabra: “No se es viejo ni joven, se está vivo/ y soy yo, el de hoy, quien hace el mundo/ con mi mano segura o temblorosa,/ con la errada visión que siempre tuve,/ jugando el juego/ de ausencias y presencias/ que sólo para mí tiene sentido” (“Hace tanto”, p. 16).

Ese balance de lo vivido se vincula con el juego de la memoria que subyace en su poema “Presente secreto” –ya mencionado- en el cual el enunciador juega a sumergirse en las aguas del río de Heráclito que muda su forma y hace enigmático su fluir; todo en él es movimiento: “me alejo a cada instante del que he sido,/ si es que he sido otra cosa/ que el cambiante reflejo de una imagen/ en el mundo cambiante” (“Presente secreto”, p. 17).

La idea de que todo cuanto ha acontecido se queda fija como una atadura para que el hombre se reconozca a sí mismo. O para que se despoje del todo de sus haberes existenciales. Algo nos deja palpitando en la certeza de lo que fue, en el pasado de sí y de los otros hombres. Porque si no fuera esto cierto, algo más nos ataría histórica y culturalmente a esa huella de los otros hombres que antes que nosotros también navegaron en el río de Heráclito. Éstos se quedaron para siempre en el reino de la palabra, de eso que llamamos tradición. En este caso, es la filiación con la cultura occidental, la que fija los íconos inmutables de la cultura del hombre. En su poema “El otro reino”, son Ulises y Eneas quienes exploran los caminos del inframundo. Van de la mano de Dante a ese otro reino de las sombras: “Son más que todo lo que aquí nos queda/ y es su presencia leve y silenciosa/ como una brisa que volara tenue/ del reino de los muertos, la memoria” (p. 23).

El leve reino del poder

La fijación de una fábula bíblica le sirve al poeta para cuestionar el sentido del poder. Sin rodeos, subraya que el poder es frágil; que su verdadera esencia no radica en el miedo que infunde, ni en sus gritos estridentes, ni en su aterradora silueta de torre invencible. La historia fabulosa de David frente a Goliat, que es como decir del hombre frente al reto de su presente, sin otra arma que su arrojo y decisión, plantea también la imagen del hombre solo ante su destino. Antes de emprender aquél encuentro decisivo, David no sabe que vencerá ni que será rey. Es el instante de su decisión el que le da la certeza de que “una piedra acaba con un hombre y con un reino” (“David”, p. 11).

Así el poder se transmuta en un solo hombre que creía poseer el mundo. En el poema “Shul Gi rey del mundo”, Uslar describe minuciosamente una fábula extraordinaria sobre la proclama de un rey que dispone reglas para todos los hombres. Quería que su grandeza se reconociera en todo el mundo, y el mundo y sus hombres “eran todos los hombre del pedazo de tierra/ junto al río limoso que él conoció en su día”. Así como aquel aldeano vanidoso que creía que el mundo entero era su aldea y como procurase para sí mismo el poder de ser el alcalde ya daba por bueno el orden universal (Martí, 1979, p. 519). Éste Shul-Gi nada poseía de su grandeza dispuesta para todos los hombres en su proclama. A diferencia de aquel aldeano vanidoso y anónimo, a este rey lo sobrevivió la escritura. Cuando estuvo: “solo sin sus mujeres y sus hijos,/ sin sus soldados y escribas,/ sin el palacio ni el mercado/ ni el pueblo bullicioso/ que rescata del polvo y del olvido/ este polvo tenaz de la tableta./ Después de miles de años/ sólo un nombre regresa del olvido” (“Shul-Gi rey del mundo”, p. 57).

Todo cuanto está escrito escribe el tiempo

La memoria del hombre está en los signos legibles de su paso. Para Uslar la historia deviene palabra que se remoja, se carga de nuevos sentidos y revelaciones. Así la palabra poética que se cubre de misterios y pareciera ocultarse para jugar a hacerse sombra, esconderse. El poeta, vidente como lo pensaba Rimbaud, logra ver la palabra y su más allá; logra transmutar el verbo en certeza y edifica una nueva Babel pero decodificada hacia todas las direcciones en las cuales sí fuera posible encontrar los sentidos. El lenguaje edifica sus monumentos. Cada palabra guarda el secreto primordial de su precisa ubicación y pertenencia. No otro. Con dos emblemáticos poetas convocados al festín de la lucidez, Uslar Pietri alude a Eliot y a Borges; los reconoce como ante un espejo y se ve a sí mismo, sumergido en su interior; como aquellos, también Uslar le entregó la vida a la palabra.

El Uslar Pietri novelista, cuentista, ensayista, dramaturgo y poeta ha hecho con la palabra sus propios surcos de aire, de tierra, de agua. Así como aún reverbera el fuego de sus *lanzas coloradas*, en un tiempo que se queda atrás, transmutado como una ruina en la memoria, así nos convoca para restituir en el “reino de la imagen” como diría Lezama Lima su vocación perenne de imaginero: “Soy yo quién todo ha escrito,/ o todo estaba escrito para mí, aguardándome, puesto allí sin sentido,/ acaso sin objeto,/ para esta sola hora en que me pierdo/ entre ruinas borrosas de mil significados?” (“Escritura”, p. 77). Queda para este presente lleno de dudas y abismos la certeza de su palabra plena de mundos y sugerencias. Nos queda su legado intelectual como una imborrable huella y su palabra poética, quizás la más preterida de su vasta obra, como un luminoso muestrario de anhelos hechos imagen y, sobre todo, plena de fulgurante sentido humano.

Mérida, mayo, 2006.

Referencias bibliográficas

Arráiz Lucca, Rafael (2006), *Arturo Uslar Pietri*, Caracas: El Nacional. Biblioteca Biográfica Venezolana.

Borges, Jorge Luis (1974), *Obras completas*, Buenos Aires: Emecé.

Fragui, Gonzalo (2005), *Obra poética*, Mérida: Ediciones Mucuglifo.

Heidegger, Martin (1968), *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Mérida: Universidad de Los Andes.

Huidobro, Vicente (1967), *Poesía y prosa*, Madrid: Aguilar.

Martí, José (1979), “Nuestra América”, en *Obras escogidas*, La Habana, Editora Política, t. II, pp. 519-527.

Polanco Alcántara, Tomás (2002), *Arturo Uslar Pietri, biografía literaria*. Caracas: Ediciones GE.

Uslar Pietri, Arturo (1991), *El hombre que voy siendo*. Caracas: Monte Ávila. (Primera edición, 1986).

----- (1972), *Manoa*. Caracas: Arte.

Zambrano, María (1987), *Filosofía y poesía*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.